

Mulhacén. 2 de Mayo de 2014. 3.483 mts.

Al alba la luz iguala, la noche se aleja, el frío ateriza; pero, al alba ...le sucede el sol de la vida.

Sñar: ¿que será lo que nos impulsa al vértigo, al riesgo, a la extenuación?

Días preparando y soñando con la aventura, tan lejos de nuestro Pirineo, recorriendo la piel ibérica hasta el macizo más espectacular del solar patrio, una curiosidad geológica de primer orden, el gneis primitivo y volcánico empujado hasta el cielo sobre un reino de las mil y una noches, modelado por los hielos, los vientos y la luna roja del Tiempo Cálido que precede al Sol.

La "Sierra del Sol", como la denominaban en la Edad Media, alberga un rico patrimonio cultural e histórico en el que se solapan y enriquecen legados tartesos, romanos y visigodos, singularmente en la vertiente alpujarreña. Lo más significativo del período musulmán son las sofisticadas técnicas de regadío, cuyas acequias y regatos surcan las laderas recogiendo agua del deshielo y la escorrentía para ser aprovechada en usos y actividades tradicionales. Los bancales de la Alpujarra donde florece el limonero.

Transitamos admirados del vergel en el que se destacan sus pueblos blancos, por una serpenteante carretera de montaña, culminando en una larga pista que se elevará muy por encima de las cotas de Capileira.

Larga aproximación a la tarde del rojo día, muy cargados por la pista de acceso, que lentamente se eleva por encima de la cota del Refugio Poqueira (2.500 mts) desde la base de la Hoya del Portillo (2.150 mts), donde fuimos suavemente depositados por Engracia, nuestra sancristóbal de lujo: el bosque reseco en el que flota la sílice retumba bajo las pezuñas de los ciervos en apretada carrera, raudos al trasluz del atardecer; los tajos del Veleta (3.392 mts) y el cordal hasta el lejano Caballo (3.090 mts) y el Tajo de los Machos (3.086 mts), --no olvidemos que Sierra Nevada presenta quince tresmiles, y que la diversidad de especies y bioclimática es asombrosa--, mas es preciso apresurarse en las primeras rampas, pues el horario del Refugio exige que de las tres horas señaladas las reduzcamos a poco más de dos.

Siemprevivas, dedaleras, tiraña, manzanilla de la sierra, violeta del Veleta, estrella de las nieves, amapolas de Sierra Nevada y acónitos, los borreguiles rizando el viento.

El acentor y el herrerillo común nos acompañan por el piornal; el melojo y los escobonales. Pronto ganamos las largas vistas del arco verde del valle del río Mulhacén y advertimos, lejano, inclinado como si se sostuviera flotando en una acuarela, el Refugio Poqueira.

Viento frío del Oeste nos amallata, largos heleros cercanos al collado de la Loma Mulhacén, por encima de los 2.600 mts, atravesados y perezosos sobre los pastizales de borreguiles, se oye cantar el agua limpia mezclada con el trino de algún carbonero garrapiños.

El sendero muta en pista de canto oscuro, filo cortante procedente de los esquistos silíceos que conforman la mole del Mulhacén, que evidencia su pasado volcánico; y poco a poco rodeamos su base en un arco hacia la izquierda en busca del abrigo y el confort del Refugio.

Así lo vivimos, cálido y amable, entrañables las camaretas, muy especial el sentido del tiempo y del descanso de los compañeros *montagnards* de tan variada procedencia, casi festivo; cena copiosa, fiesta de cumpleaños de nuestra querida Yaiza, canto coral al unísono de felicitación y tarta chocolatera para todos. Jesús, generoso y feliz como un padrazo que es.

La noche iguala a todos, eso sí, hasta el despertar.

Al alba: Silentes pasos, serios rostros, el cálido edredón ha dado paso a una colación apresurada, repetimos café, pensamos en las duras rampas que se avecinan, aún no sabemos la ruta que decidiremos acometer: nuestro amigo madrileño, con más de siete ascensiones a sus espaldas, murmura que subirá por La Loma, como siempre, y así fue, ya que en la cumbre nos esperaba. Un mulhacenero de lujo.

Pero decidimos hacer buenos los consejos que hacen firme la marcha invernal, y a las 7,30 pm pertrechados con lo oportuno, acometiendo lazadas de senda entre tasca y roca suelta por la margen derecha orográfica del Río hasta enlazar uno tras otro neveros innumerables; frío invernal, hielo en la superficie de las rocas, la calma chicha y dulce del entorno del Refugio se transforma en gélida constancia del entorno, avanzamos cautos por un ancha canal, relieve fluvial abarrancado en algunos puntos, hasta las cubetas superiores donde advertimos las lagunillas encarceladas en el álveo enemigo.

Cruje el hielo bajo las botas, rampas empinadas, bastones en punta; pensamos hemos de aumentar la sensación de seguridad, nos orillamos a un resalte y, así aprovecharemos para la primera colación del día equipándonos adecuadamente.

María Jesús, Domingo, nos guían infatigables; María Emilia asegura a Jesús y Yaiza, quienes nunca desfallecen; Raquel es un ejemplo de constancia y superación. Es cuestión de seguirla, me digo; ya en lontananza los diviso, recortados contra el sol y, por fin y al mediodía, casi en la cumbre, los alcanzo.

Crampones, polainas, piolet y cascos, alguno de fortuna, nos apresuramos paso a paso, y poco a poco ascendemos hasta la línea del sol que pretende asomarse tras la Loma y que en nuestra deriva imperceptiblemente llegará a cruzarse: los Tajos del Veleta nos observan constantemente, sesenta pasos, setenta veces siete; todo tieso, remontan los expertos, lazadas sin fin los viejos diesel, la luz y su misterio poco a poco anticipan la pirámide somital.

Desde la cota 3000 hasta la cumbre, la pala de nieve se empina, y nos pudo faltar en algún momento, el oxígeno, a quien suscribe desde luego; el aire es más liviano, todo pesa menos, y solo un pequeño *grupetto* de tres alpinistas nos precede, a la izquierda; con independencia de los más rápidos *runners* de La Loma y sin solución de continuidad, mas altos, más altos, hasta darles alcance. Nos volamos. Más. Nos apoyamos, nos decimos, musitamos, nos miramos, nos aseguramos del paso ya sin crampones, sobre el hielo bajo la gravilla de las últimas rampas. Nos comprometemos a alcanzar la cumbre.

La enorme elevación permite que giremos nuestros ojos desde las vistas a la vertiente Oeste, enmarcada por los Tajos del Veleta y el circo glacial de las Tres Lagunillas, a la ventana a los abismos insondables de la Norte, los *couloirs* de hielo, el resalte de la Laguna de La Mosca con sus Chorreras, las cabeceras del Barranco de San Juan. La ruta que accede por el Norte es de las más largas, arriesgadas y exigentes técnicamente de la escalada en hielo en la península, salvando desniveles de más de 1.700 mts. en una jornada.

La Cumbre: 3.483 mts. Techo de la Península: Los diedros basálticos y esquistosos, las grandes rocas que se han fracturado en tantas tormentas, colocadas por el volcán, han sido modeladas por la mano del hombre: aparece, imaginarios, una plataforma de cemento para el hito del vértice de primer orden; advertimos un monumento en forma de pequeña hornacina con reja remetida para la devoción mariana, y hasta un recinto cuadrangular de un vivac (que lo hubo con techumbre) instalado por el ejército español para la observación del movimiento aéreo y marino.

De eso se trata, de advertir que, aun no siendo un día de cielos claros, las brumas del sur sobre el Mediterráneo flotan ingravidas, que se advierte la franja de plata de la línea costera, el golfo de Almería, los invernaderos de El Egido, las plataformas de la pre-Alpujarra, los hundidos de los ríos y barrancos que al sur, con sus tonos ocres y verdosos, se advierten y se precipitan sobre los pueblos de nombres cantarines: Yégen, Valor, Mengíbar, Pampaneira, Bubión, Capileira, Trevélez, hasta el mar de Motril. Al Oeste, las sierras de Armija, y lejano el perfil del Peñón anglosajón, más a la derecha el Torcal de Antequera, los pinsapares de Ronda. Al Este, a la derecha del cordal mayor, los perfiles del Puerto y Collado de la Ragua, las sierras de Guadix y Yecla, las Hoyas de Baza y la ciudad de las cuevas, las formas redondeadas de la erosión. Al Norte, el cordal avanza muy próximo y levanta la Alcazaba, mole troncopiramidal con sus más de 3.400 mts, la nieve destaca sobre el color rojo y negro de sus esencias, tapando las sierras de Cazorra y Las Villas, el valle del Genil; y a la derecha, al Este-sureste, el valle de Trevélez, las Siete Lagunillas con la pala nevada que esquían los avezados; a la izquierda, al Noroeste, más allá de las vistas sobre el perfil del Veleta (3.392mts) y las Hoyas de San Francisco, la ciudad de Granada, donde se advierte el Palacio de la Alhambra recostado sobre la colina.

De todo ello fui consciente poco a poco, recupere el sentido de las cosas y de la belleza aunque nunca perdí el sentido de la vida, gracias al cielo por haberme dado la oportunidad de crecer de nuevo, de mirar dentro y fuera.

Subimos más arriba del Mulhacén; el alma ciertamente, todo converge allá arriba, algunos mirando, otros disfrutando; y poco a poco acceden los compañeros del extenso grupo de Madrid, y los veraneantes, esos que suben un tres mil en traje de baño, ¡qué fortaleza y que envidia!. Fotos y abrazos, algunos consejos, repongamos fuerzas y pensemos en el largo descenso que nuestro amigo resolvería, nuevamente, antes que nosotros.

A las 13 h aproximadamente acometemos la canchalera, algunos pasos de piedra menuda y deslizante, otros sobre bloques de generosas dimensiones, hasta alcanzar el primero de los heleros; equipados de nuevo y bajo un espectacular y cálido sol, iniciamos, algunos raudos, el reingreso en el valle fluvial, recibiendo visitas de patinadoras galantes con can africano, paso a paso, trecho a trecho, helero a helero, hasta despojarnos del material de alta montaña y, felices, hambrientos, sedientos, aun tuvimos tiempo de sorprendernos con la familia de bucardos trotones que curiosos, nos miraban, ramoneando zarcillos de plata al sol de poniente, tribus ocultas cerca del río.

Ausencias tuvimos, muchas, recuerdos para nuestros queridos amigos, entre ellos desconocidos, y sobretodo y emocionado para los que ya no están; y quienes me enseñaron el perfil y esencia de esta Sierra del Sol, para quienes descendieron conmigo por la Panorámica hacia la Laguna de las Yeguas, y desde la cumbre del Veleta hasta el Collado del Horcajuelo, desde donde advertimos por vez primera el Refugio Poqueira; collado desde donde soñé que algún día, nunca pensé tan bien arropado e ilusionado, conquistaríamos la cima, contestaríamos al alba silente, con el rumor del mar del atardecer.

Vivencias, la alta montaña es un ejercicio natural de paciencia, saber restar, aguantarse ganas y atemperar el paso a las dificultades del terreno; de técnica paso a paso, imperceptible, de fuerza constante, de elevación anímica; pero nada sin la compañía del amigo, del colega y compañero, del guía o de la juventud que con sus ojos tan abiertos, aprende todo. Y de la mano de la vida, hasta volver al Refugio.

No somos dueños de nuestra vida, la debemos, hay que pagarla entera, y siempre ponerla al servicio de la belleza, del alba y de los demás, que son quienes nos definen nuestro entorno.

A pesar de ello, es fácil vivirla; pero muy difícil beberla y exprimirla, porque antes del esfuerzo y después de él, siempre estará el sentido de la vida y al que nos debemos. No necesariamente siguiendo a Kant.

El largo regreso hasta el aparcamiento, desde el Refugio, nos permitirá volver la vista atrás, aun cuando mucho trayecto solo exigirá asombrarse de que la auténtica belleza, además de la natural del entorno serrano, es la de quien a la par, camina junto a ti.

Gracias al cielo por advertirla.

Doy las gracias de todo corazón a mis amigos, que me arroparon y me ayudaron, me perdonaron, me levantaron, y tuvieron la paciencia de beber en las mismas fuentes de los nazarís, y con la misma ilusión del primer tres mil.

Y sueño con volver. Y con mis amigos.

Zaragoza, a 14 de Mayo de 2014

Fdo. Francisco Rivas Tena